

0045
PEDRO MUÑOZ SECA y PEDRO PEREZ FERNANDEZ

¡POR PETENERAS!

SAINETE

en un acto y un solo cuadro, original

MÚSICA DEL MAESTRO

RAFAEL CALLEJA

SEGUNDA EDICIÓN

Copyright, by P. Muñoz Seca y P. Pérez Fernández, 1911

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

— 3
1915

¡POR PETENERAS!

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

¡POR PETENERAS!

SAINETE .

en un acto y un solo cuadro

ORIGINAL DE

PEDRO MUÑOZ SEGA y PEDRO PEREZ FERNANDEZ

música del maestro

RAFAEL CALLEJA

Estrenado en el TEATRO DE APOLO de Madrid, la noche
del 21 de Junio de 1911

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

G. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUF.º

Teléfono número 551

—
1915

A Don Francisco Rodríguez Marín,

honra de la Academia Española y
gloria de España, en testimonio del
profundo respeto e inmenso cariño
que le profesan

Los Autores

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ROSARITO	SRTA. PAJOU.
CONCHITA	SRA. VIDAL.
DAMIANA.....	SRTA. VIZCAÍNO.
TERESA.....	MOREU.
ARTURO.....	SR. MONCAYO.
DON HIPÓLITO	VIDEGAIN.
ZAPATA.....	MANZANO.
EL PADRE MARTÍNEZ.....	MOLINEBO.
SALUSTIANO.....	POVEDANO.

Todos los personajes son madrileños, excepto *Arturo* y *D. Hipólito*, que son de la mismísima Sevilla

La acción en Madrid.—Epoca actual



ACTO UNICO

Dos azoteas. En el fondo una barandilla de hierro o pretil de mampostería común a las dos terrazas, que estarán separadas por una verja muy baja. Segundos términos izquierda y derecha, laterales, las puertas de entrada a las azoteas. Al foro, una empingorotada buhardilla con ventana practicable en su centro, y a uno y otro lado y mas allá tejados, torres, campanarios y horizontes. Es de noche. La luna ilumina la escena.

ESCENA PRIMERA

HIPÓLITO y ROSARIO, dentro

Música

(Rosario canta dentro. Hipólito, en la ventana de su buhardilla, la escucha extasiado.)

Ros.

(Dentro.)

Acaba, penita, acaba,
dame muerte de una vez,
que con el morir se acaban
las penitas del querer.

Vete, penita,
penita negra,
si tus achares no dan la muerte,
vete y no vuelvas.

Hip.

(Entusiasmado)

¡Colosal!
¡Qué garganta tiene
tan piramidal!

672066

Este sotabanco
vale más que el Banco
y el Palacio Real.

(Un gato lanza desgarradores maullidos.)

¡Zape! ¡Zape!
¡Maldito animal!
¡Como yo le atrape!...

(Toma un pedazo de ladrillo y lo arroja hacia la izquierda. Suena dentro el ruido de un cristal que se hace cien pedazos.)

¡¡Zapel!

¡He roto un cristall

(Se oculta y corre la cortina de la ventana.)

Ros.

(Dentro.)

Me quisistes y te quise;
me olvidaste y te olvidé,
los dos tuvimos la culpa,
tú primero y yo después.

Vete, penita,
penita negra,
si tus achares no dan la muerte,
vete y no vuelvas.

(Cesa la música.)

ESCENA II

ARTURO é HIPÓLITO

Salen Arturo a la azotea de la izquierda, en mangas de camisa. Trae una guitarra al hombro y arrastra perezosamente una silla. Este mocito es andaluz

Hablado

Art.

¡Bien se está despidiendo er día de San Lorenzo! ¡Camará qué nochesita! Y luego disen de mi tierra. Este Madri sí que es exagerao. En invierno, er malas puñalás le den der Guadarrama, repartiendo purmonías por ahí como quien reparte prospectos; y en verano, sale el So, se jincha, dise allá voy, y hasta la bola de Gobernación suda goma laca, líquida. (Se sienta.) ¡Ay, quién fuera Dios Neptuno! Ese gachó de la fuente der

Prao, sí que está bien. Porque yo no digo que no. De día jierve; pero... ¡vamos! de noche... lo que es de noche con la fresca bien se le olean los atributos. (Mirando a la otra azotea.) ¡Je! Todavía no ha salido esa... Tengo una novia particulá. Yo conosco a otras novias que cuando riñen con los novios se ponen pálidas, ojerosas, tábiras, tristes y les da por cantá la serenata de Schubert; pero esta mía, en cuanto riñe conmigo, se echa otro novio pa darme achares. Y el que tiene ahora es una alhaja de mérito. De tonto que es, anda de medio lao. Y er gachó no repara en que estamos en verano, ni na. Me gasta una tirilla en pie que no se acaba nunca. Parese que va asomao a un tabique. En fin, menos mal que aunque no tengo novia no me aburro, ni me falta con quien hablá. Primero, porque yo hablo aunque sea con la guitarra; y segundo, porque me he puesto en relaciones amistosas con el tío que vive en ese palomá, (Por la buhardilla.) un paisano mío, que es el hombre más grasioso que ha echao Dios al mundo. ¡Camará y qué tipo! ¡Es arqueólogo musical! ¡Una tontería! Es desí, que le da por averiguá el origen histórico de toas las músicas, y dise cada disparate que hay pa reventá de risa. En cuanto escuche la guitarra acude a la sita. Es más puntual que el alba. (Toca una falseta de soleá.)

Hip.

(Se asoma a la ventana de la buhardilla y descubre la cortina. Frisa en los cincuenta años, es calvo hasta la exageración y tiene el bigote y la barba perfectamente afeitados. Usa gafas, que apoya en la punta de la nariz. Su indumentaria se reduce a una camiseta blanca, con listas rojas.) Buenas noches, vesino.

Art.

Buenas noches, don Hipólito. Camará y qué fresquito está usted, amigo.

Hip.

Hay que defenderse de la caló.

Art.

Y que se defiende usted a cuerpo limpio como los buenos banderilleros.

Hip.

No hay otro sistema, Arturo. ¿Qué puede haser uno si no? ¿Bañarse? Pa mí eso del baño es punto menos que imposible.

Art.

¡Y tanto! ¡Como que está usted a mil quinientos metros sobre el nivel del mar.

- Hip. ¿Sabe usted cómo he resuelto yo el problema de los baños?
- Art. ¿Cómo?
- Hip. Pues me doy baños pasivos. Es desi, que en lugar de meté mi cuerpo dentro del agua, pues me meto el agua dentro der cuerpo, Er baño de hoy ha sido carbonatado.
- Art. ¿Viene turbio er Losoya?
- Hip. No señó. Lo que he hecho es beberme tres sifones de agua de Selt.
- Art. ¡Atisa!
- Hip. Excuso desirle a usted cómo tengo er cuerpo.
- Art. Gaseoso, ¿eh?
- Hip. Como que voy a tené que amarrarme la cabeza con unos alambres, como las botellas de champagne.
- Art. Estaría usted bueno.
- Hip. Y hablando de otra cosa, vesino. ¿Me quiere usted desi qué estaba usted tocando hace un momento?
- Art. Unas fasetillas de soleares.
- Hip. ¿Las de anoche? Esas que hasen... (Tarareando destempladamente) ¡lalá... loló .. lilí... le!
- Art. ¡Hombre! Esas son de la farruca.
- Hip. Pues esas son las que me traen a mí loco, vesino.
- Art. ¿Así andamos? ¿A que resurta que ha descubierto usted el origen de la farruca?
- Hip. ¡Que se quema usted, que se quema usted!
- Art. Pues como se arranque usted disiéndome que la inventó doña Juana la Loca, no le creo.
- Hip. Pero si le digo a usted que la cantaban en Galilea hace dos mil años, tendrá usted que creerme.
- Art. ¡Pero don Hipólito de mis entrañas!
- Hip. Lo que usted oye.
- Art. ¡Don Hipólito de mi corazón! ¿Usted se ha figurao a San José bendito en su huída a Egipto, arreándole palos al burro y cantando lo de «Arriba el limón»? ¡Vamos, hombre! Está usted más loco que una ventolera.
- Hip. Ventolera, ¿eh? Pues las soleares esas que disen...
- Art. ¿Soleá churripandí?
- Hip. ¡Esas! Esas fueron en sus comienzos pe-

queñas plegarias, y las cantaban los cristianos en las catacumbas.

Art.

¡Hombre!

Hip.

¡No hay hombre que varga! La música lo dise a voses. ¿No le recuerda a usted er canto llano?

Art.

¿Er canto llano? ¡Pero, don Hipólito de mis entrañas!...

Hip.

¡Y se lo pruebo a usted!

Art.

¿Eh?

Hip.

Dele usted gusto a ese chisme: arránquese usted por una coplilla y verá usted cómo pongo yo er deíto en la llaga.

Art.

Vamos a ver. Baje usted en un sarto. (Hipólito desaparece de la ventana y entra a poco en escena.) Vaya un tío grasioso. ¡Qué loco está! ¡Si habrá perdío er pelo haciendo investigaciones científicas!

Música

Hip.

Cante usted como se canta
en la juerga más *cañí*;
cante usted por to lo jondo
que es lo que me gusta a mí.
Así, rasgueao,
con penitas y lamentos
y jipíos desgarraos.

Art.

Oiga usted,
que allá va,
y si en esto hay canto llano,
que me den seis bofetás.

—
¡Ay!

¡Ay!

Puñalaíta, puñalaíta,
te den una puñalá
que er Padre Santo de Roma,
Roma-romita,
no te la pueda curar.
Dies iræ, Dies illa,
solvat sæclum in favilla...

—
Cállese usted.
por caridad.

Hip. De la misma forma
se canta el Dies iræ
que una *soleá*.

Art. Déjeme ustedé
por su saludé.

Hip. No puede negarse
que hay concomitancia
y hasta exuberancia
de similitú.

Art. ¡Josúl

—
Oigame ustedé este tanguillo
más gitano que *undebé*,
y si tiene algo de iglesia,
por su saludita
dígamele ustedé.

—
Te veo...

Te veo...

Te veo esa cara de rosa,
te veo, te veo, chiqui la,
que estás muy hermosa.
Te den, te den, te den,
cinco palos con un buen garrote;
tres en el cogote
y dos en la sien.

—
Hip. Escúcheme atento,
y en cuanto me escuche
le conenseré.

Art. A ver.

—
Hip. Te Deum.

Te Deum.

Te Deum laudamus.

Te Deum laudamus.

Te dominum confitemur.

Ya ve, ya ve, ya ve,
que el Te Deum se canta lo mismo
que el tango gitano
que cantaba ustedé.

Hablado

- Hip.** Nada: no hay quien me convensa; la Iglesia es la madre del cante jondo. A mí me ha dicho Beserra, que es una autoridad en esto de las coplas, que casi todas las letrillas de soleares son místicas.
- Art.** ¿Quién es Beserra? ¿Algún académico de la Lengua?
- Hip.** Mi peluquero.
- Art.** Señor, ¿pero usted va a la peluquería?
- Hip.** Pues si oyera usted cantá a mi amigo Beserra, se volvía usted loco.
- Art.** ¿Canta bien?
- Hip.** No tan bien como su novia de usted, pero afina, afina.
- Art.** (saltando de la silla) ¿Pero usted ha oído cantá a Rosarito?
- Hip.** ¡Anda, todas las noches!
- Art.** ¿De modo que usted desde ahí?...
- Hip.** ¡¡Todo!!
- Art.** ¿Todo?
- Hip.** ¡Todo!
- Art.** (Rascándose preocupado.) Está bien, hombre, está bien.
- Hip.** Y tuve un grandísimo disgusto la noche que regañaron ustedes porque supuse que al terminarse las relaciones se acabarían también los consiertos aéreos. ¡Qué dolor! Nada, vesino. Es presiso que vuelvan ustedes a arreglarse.
- Art.** Hombre. Eso quisiera yo.
- Hip.** ¡Y ella! Lo del otro novio es pura pamema.
- Art.** Pues mire usted... En serio se lo digo. Si a mí me dejaran solo con Rosarito na más que media hora, se acababa la tiranté. Pero con èsto de que ha apretao el calor, suben muchos pelmasos a la asotea, y la verdá, delante de la gente me da una *mijita* de aprensión tirarme una plancha.
- Hip.** Lo creo.
- Art.** Porque hay que fijarse en la gentesita que sube a esa asotea.
- Hip.** Los hay que hasen daño. Ese republicano de los demonios, es cosa que me corta el cuerpo.

- Art. Yo con el republicano transijo; pero con Chacón el fotógrafo no puedo; me ataca al hijado.
- Hip. ¿Pues y la viuda de aquí al lao? La sombrerera. ¿Dónde me deja usted a esa señora?
- Art. Se la voy dejar a usted hecha una lastima del guitarraso que le voy a larga un día de estos.
- Hip. ¿Y el cura de los botijos?
- Art. ¿Ha visto usted que tío? Y que se los bebe los dos todas las noches.
- Hip. No, no, vesino, bebe de los dos, que no es lo mismo.
- Art. ¿Por qué?
- Hip. Porque en uno trae agua y en el otro aguardiente; pero, en fin, todo eso va a concluir esta noche. Esta noche se queda usted solo con Rosarito.
- Art. Ojalá.
- Hip. Yo me encargo de eso.
- Art. ¿Qué va usted a haser?
- Hip. Todavía no lo he pensao.
- Art. Alguien sube. ¡El republicano!
- Hip. Pues hasta luego; no lo quiero oí habló de los consumos. (Vase por la izquierda.)

ESCENA II

DON HIPÓLITO, ZAPATA y PADRE MARTÍNEZ. Zapata ha cumplido los cuarenta años. Viene también en mangas de camisa. Su nariz un tanto roja denota sus aficiones al alcohol. Es un tipo de marcada ordinariéz. Entra en escena por la derecha seguido del Padre Martínez, que trae los botijos de marras. Este, durante su permanencia en escena no cesa de beber, poniendo un gesto amargo y dollente en cuanto bebe de uno de los botijos y otro gesto plácido y satisfecho cuando del otro bebe.

Música

- Zap. (Fallendo a compás.)
Como obrero inteligente relojero
de la calle del Bastero
de esta noble, de esta noble,
de esta ilustre, de esta hermosa
y muy culta capital...

(Vuelta muy rápida, dando la espalda al público. Sale el Padre Martínez.)

- P. Mar.** Buenas y santas noches.
Art. Recáncamo, amigo Sapata: ¿le ha compues-
to usté una letra a la Marsellesa?
Zap. ¡Anda, esta hace ya la setenta y tres! Cada
vez que el partido se reúne, ya sea en un
agape o en un *apleche*, canta el gremio de
relojeros la Marsellesa con alguna letra mía
y siempre letras nuevas. Oiga usté esta.

El partido reunido,
atrevido y aguerrido,
tiene hombres;
el partido encallecido,
conocido, merecido,
tiene honor.

Que lo diga Pablo Iglesias y Soriano,
don Dalmacio, don Benito,
don Melquiades, don Elías,
Zacarías, I-aías,
el profeta Jeremías
y hasta el propio servidor.
Como obrero relojero
tiene cuerda para un rato
un servidor.

Hablado

Mire usté, compuse yo una letra cuando el
entierro del señor Tinoco, nuestro presiden-
te efectivo, que se podía cantar con tres
músicas, con la de la Marsellesa, con la del
himno de Riego y con la del Babilonio que
me marea.

- P. Mar.** (Tras un buchito.) Oiga usté, Zapata. ¿Cómo
sigue su mujer de usté; mejora?
Zap. Sigue su curso natural.
P. Mar. ¿Y es verdad que esta mañana han bautiza-
do ustedes al chico?
Zap. (Tragando saliva.) Sí, señor.
Art. ¿Cómo ha sido eso, amigo Sapata? Yo creí
que usté era de los de la punta de allá.
Zap. (Contrariado.) Y de lo ultimito de la punta.
Pero como yo soy partidario del sufragio,

- pues reuní a la familia, *votemos* y *acordemos* la mayoría que había que humedecer a la criatura.
- Art. ¡Ah!
- Zap. Y se la ha humedecido.
- P. Mar. Bautizado.
- Zap. Sí, señor. Pero el cura se ha llevado lo suyo.
- P. Mar. Cuente usted, hombre, cuente usted lo que ha pasado.
- Zap. Pues, nada. Que *entremos* en la sacristía la comitiva y principian preguntándome que a qué íbamos. ¡Mire usted que la preguntita!...
- P. Mar. ¿Ha visto usted, hombre, ha visto usted?
- Zap. Señor. ¿A qué puede ir uno con un rorro a la iglesia? ¿A retirarlo? Lo que yo les dije. ¡Miopes!
- Art. Y primera bronca.
- P. Mar. ¡Claro, hombre!
- Zap. ¡Natural! Después comenzó el interrogatorio. Pa preguntá esa gente. Que cómo me llamaba yo, que cómo se llamaba mi adjunta y mi padre y mi madre y su madre de ella. ¡Vamos! El ostracismo de la curiosidad. Y así que *lleguemos* al nombre del chico, exclama un sotavillo de aquellos: ¿Cómo ha de llamarse el neófito? Mire usted; oír yo lo de neófito y provocar el primer tiberio, to fué uno.
- Art. Y con razón.
- P. Mar. (Con ironía.) ¡Con muchísima razón!
- Zap. Bueno; me volqué. Y no pasó la cosa a mayores, porque terciaron de aquí y de allá. Pero me volqué.
- Art. ¿Y cómo ha puesto usted al nene?
- Zap. ¡Esa es otra! Yo quería que se llamara Lobo.
- Art. ¡Atisa!
- Hip. (Dentro.) ¡Aprieta! (se vuelve Zapata.)
- P. Mar. (¡Qué barbaridad!)
- Zap. Pero los tíos aquellos, pa mí que, por vengarse de las frases que yo había vertido, salieron diciéndome que Lobo no podía ser porque era nombre de animal.
- P. Mar. Animal.
- Zap. ¿Va con segunda?
- P. Mar. Dios me libre.
- Zap. Pero ¡recalamares! les dije yo. ¿No hay cien

papas que se han llamado León? Bueno; y León se le ha puesto. Pero un servidor le llamará Lobo en toas partes.

Art. Pues sí que ha pasao usté la gran mañana.
Zap. Sabe Dios la nohecita que estará pasando el sacristán de la iglesia.

Art. ¿Le dió usté propina?
Zap. Le dí en las espinillas una patada de tal naturaleza, que todavía tengo el pie hecho cisco.

Art. Pero, ¿por qué?
Zap. Porque me tiró un rentoy; y a mí el que me tira un rentoy, se lleva lo suyo. Figúrese usté, que el cura que bautizaba fué y profirió un camelo en latín. Y va el sacristán me mira y dice: ¡Bolo! Bueno: oir yo lo de ¡bolo! y aplicarle el *correctivo*, to fué uno. (Ríe Martínez.)

Art. Se armaría el primer joyín.
Zap. Nada de eso. El tío se aguantó el puntapié y no me miró siquiera. Se conoce que es hombre fuerte, porque la caricia fué de órdago a la grande. Como que he tenido que ponerme en el pie aguardiente alcanforado. Conque excuso decirle a usté cómo tendrá la tibia el susodicho.

Art. ¡Tibial!
(El Padre Martínez ríe a carcajadas.)
Zap. (Aparte.) Se me está ajumando el pescao.

ESCENA III

DICHOS, CONCHITA y ROSARIO. Entra Conchita con Rosarito en la azotea de la derecha. Vienen del bracete. Conchita es una jamona fea y pretenciosa. Rosarito una hermosísima mujer

Con. Buenos noches.

Ros. Buenas.

Todos Muy buenas.

Art. (Aparte.) ¡Ya está ahí! Y con la tía antipática esa.

Con. Hola, Zapata. (Rosarito y Arturo se miran y se hacen un marcadísimo gesto de desprecio y despecho.)
¡Qué ratito nos ha hecho usté pasar esta mañana en el bautizo!

- Zap. Eso estaba relatando.
Con. ¡Qué genio, Dios mío!
Zap. ¡Es que lo *exarciervan* a uno, Conchita!
Ros. ¡La de atrocidades que dijo!
Con. Y luego la tomó con la pila.
Zap. ¿Con la pila?
P. Mar. ¿La pila?
Art. ¡Jel
Hip. (Asomando la jeta.) ¿Eh?
Con. Bueno: con la columna que la sostiene. Le dió una patada, que no sé como no se destrozó el pie.
(Arturo ríe a carcajadas. El Padre Martínez que bebía, ríe también rociando impensadamente a Zapata.)
Zap. ¿Pero fué a la pila?
Art. Así el otro ni pestañeó siquiera.
P. Mar. Ahí se las den todas.
Zap. ¡Maldita sea mi suerte! ¿Y me he pulverizado yo un pie para eso? (Ríe grandemente don Hipólito dentro.) ¿Eh? ¿Hay eco?
Art. Hay un chungueo que asfixia.
Zap. (En voz muy alta; mirando hacia la vivienda de don Hipólito y más quemado que la luz.) Pues a ese jocoso le invito a que se ría en mis propias narices.
Art. La risa ha sonado en la escalera; juraría que ha sido el fotógrafo.
Zap. (Como antes.) Pues al fotógrafo le hago yo la ampliación de un carrillo en cuanto se deslice. Nos ha amolao.
Ros. Vamos, Zapata. No hay que echar todo el genio fuera por una leve carcajada.
Con. Y no ha sido el fotógrafo. Es que don Arturo es un andaluz muy ¡grasssióssso! y como no puede ver al fotógrafo, ¡velay!
Art. Ya empesamos. (Punteando la guitarra.)
Con. Le quitan la novia y tan fresco.
Ros. ¡Mujer! (Aparte.)
Con. (Aparte.) ¡Déjamel! Después de todo ha hecho muy bien, porque resulta bastante poquita cosa, al lado de esta flor de Mayo.
Art. ¿Poquita cosa? ¿Era muy grande su marido de usted?
Con. El mejor cuerpo del Cuerpo de Alabarderos.
Hip. ¡Un fenómeno de hombre! (Descorrie la cortina con estrépito.)

- Con.** ¡Hombre! (volviéndose a él.)
Zap. ¡Caramba! (Idem.)
Ros. Buenas. (Idem.)
Hip. Pa retratarse de busto tenía que sentarse en el suelo. Y buenas noches a todo esto.
Con. El que faltaba. Otro andaluz patoso.
Zap. ¡Me importa usted una higa, señora!

ESCENA IV

DICHOS y DAMIANA

- Dam.** Buenas noches. (Entra por la puerta de la izquierda. Es cocinera; viene en traje de mecánica, trae un velador y dos sillas que coloca cerca del fondo. Arturo toca en la guitarra la canción de la pobre chica («Gran vía.») A Arturo.) Usted siempre de groma. (Se asoma a la calle, mira, retemira y lanza un silbido atronador.)
- Art.** ¡Sentral! Con el 1.006. (Damiana vuelve a silbar.)
- Dam.** Ya m'ha visto. (Le hace señas. A gritos.) ¡Ahora saldré! ¿Eh? Sí, al cine de la esquina. (Le hace señas con la mano de que la aguarde y se retira de la baranda.)
- Hip.** Conque al sine, ¿eh?
- Dam.** Dónde quiere usted que vaya, ¿al teatro Real? (Arturo puntea en la guitarra la canción de las películas de «El Cinematógrafo Nacional», que tararea Conchita.) ¡Pero qué ganas de gromas tiene usted siempre!

ESCENA V

DICHOS, SALUSTIANO y TERESA por la izquierda. Salustiano frisa en los cuarenta años y es hombre de aspecto sombrío. Gasta barba y bigote de un color negro que asusta, y habla con voz atiplada, debilísima, dando a cuanto dice grandísima importancia. Teresa, su esposa, dará la sensación de una mujer débil, de carácter afable y un tanto recatada y mojigata, pero tiene la voz gorda y desabrida. Salustiano trae una taza de café llena hasta los bordes y por tal motivo anda muy despacio y guardando todo género de equilibrios. Arturo puntea en la guitarra una marcha fúnebre y continúa tocándola hasta que Salustiano coloca sobre la mesita la taza

- Sal.** ¡Vecinos!
Ter. ¡Buenas noches!

- Con. Muy buenas.
Zap. ¿Qué hay, matrimonio?
Sal. A ver si aquí se respira unas *miajas*.
Ter. Oiga usted, Damiana: friegue usted y acués-
tese.
Dam. Voy a tener que salir un momento porque
necesito jabón.
Ter. Bueno, que se lo den en la esquina. Que se
lo den bueno. (Vase Damiana, guiñando a Hipólito.)
Hip. ¡Y menudo jabón que le van a dar!
(Conchita ha tarareado todo lo que ha tocado Arturo.)
Sal. Hombre, usted que es meridional, señor Acei-
tuno.
Art. Le he dicho a usted que me molesta que me
llamen por el segundo apellido.
Sal. ¡Caramba! Se molesta usted por muchas cosas.
Art. Por dos nada más. Que me llamen Aseitun-
no con segundas y que canten las cacatúas
cuando yo toco.
Con. ¿Va eso por mí?
Art. ¡Puede!
Con. Pues mucho cuidado, porque aunque soy
una mujer llevo un hombre dentro.
Art. ¡Quisiera!
Con. ¿Pero ustedes oyen estas insolencias?
P. Mar. Vamos, pelillos a la mar, toque usted algo,
don Arturo, que sienta bien un ratito de
música ligera.
Art. Siempre que esta señora no cante lo que yo
toque, con mucho gusto.
P. Mar. ¡Bah! Pierda usted cuidado.
Art. Éa; pues allá va. Tocaré esa polkilla que
tanto le gusta a mi paisano.
Hip. Venga de ahí.

Música

(Arturo comienza a tocar una polka que ballan Salustiano con Rosario, y Zapata con la mujer de Salustiano, Conchita comienza a tararear muy quedito y va su-
biendo de tono poco a poco hasta tararear a toda voz.)

- Con. Laralá-laralá.
laralá-laralá.
Art. (Quemado)
Ya está cantando
la muy arpa.

Ros. ¡Jesús, qué imbécil!

Hip. ¡Valiente tñal

P. Mar. Vamos, Conchita;
cállese usté.

Con. ¿Por qué?

Hip. Cállese usté, que con el ruido
dise esta gente que no se ve.

Con. Laralá laralá,
laralá-laralá.

Art. Ya me cansé.

(Deja de tocar y cesa el baile.)

Hip. Toque usted alguna cesa
que no conosca Conchita,
pues el hombre, por ser hombre,
quedar debe siempre ensima.

Art. Dise muy bien,
voy a tocar
hasta que tropiese
con argo diffisi,
que esta cacatúa
no sepa cantar.

Con. ¡Quía!

(Vals de «La Bohème».)

Con. *Quando m'en vo soletta per la via,
la gente vosta mira.*

Hip. Algo de Wagner, paisano, que a Wagner no
lo conoserá.

Art. Allá va.

Con. *Y Prati i flor
del laval leatta.*

Art. (Desesperado.) Ea, se acabó; voy a ver quién
se cansa primero, si usté o yo.

Hip. Vesino, el tanguillo del melocotón.

Art. Va por usté.

Con. Va por ustedes.
P. Mar. ¡Carrera de resistencia!

Con. Melocotón,
melocolón,
el pellejo lo tienes peludo,
lanudo;
melocotón,
melocotón,
cuando tienes la pulpa en sazón,
melocotón,
melocotón.
Si te cojo y te muerdo, no dudo
que melo-que melo...
que melocotón.
¡Ay, qué rico, qué bueno, qué orondo!
¡Ay, qué gusto me da si lo mondo!
¡Ay, qué dulce, qué dulce que está!
¡Ay qué gusto, qué gusto, qué gusto,
qué gusto tan grande,
tan grande me da!

Ter. Vamos, Conchita, ya está bueno.
Con. No, si no me canso.
Zap. Pero nos cansamos todos, ¡caray!
Hip. Pero, señores, por favor, tapen la boca a
esta señora.

Con. Melocotón,
melocotón, etc.
Todos Por compasión.
Por compasión,
deje usted que lo tenga peludo
lanudo...
Por compasión,
por compasión,
y que tenga la pulpa en sazón.
Por compasión,
por compasión,
¿qué más da que lo tenga peludo,
velludo, lanudo,
felpudo,
el melo... el melocotón?

Qué latosa y qué pelma se pone.
El bozal al instante se impone.
¡Ay, qué pelma y latosa que está!
Ay, qué gusto, qué gusto, qué gusto,
qué gusto, qué gusto
poderla amarrar!
Callese usted,
por caridad.
¡Cállese usted!
¡Basta ya!
Déjeme usted,
por caridad.
Déjeme usted.
¡Basta ya!

Con.

(Zapata salta a la azotea de Arturo y le impide seguir tocando. Rosario y Teresa tapan la boca a Conchita para que no cante. Cesa la música.)

Hablado

Hip. ¡Gracias a Dios!
Con. Conste que no me ha derrotado.
Art. Lo mismo digo.
P. Mar. Hablemos de otra cosa.
Sal. Señor Aceituno.
Art. ¡Señor narises!
Sal. Iba a permitirme preguntar a usted si recordaba haber padecido en Sevilla una temperatura como la que hoy se ha servido liquidarnos.
Art. ¿Pero a lo de hoy le llaman ustedes calor? Esto no es na, hombre; al lao de Sevilla, Madri no es más que una fresquera.
Con. (Guasonamente.) ¡Exageración al canto!
Art. (Enfurecido.) El mejor día le voy a desir a usted la exageración más grande que se ha dicho en el mundo. Porque voy a llamarla a usted ¡señora!
Con. ¡Grosero!
P. Mar. ¡Hombre, don Arturo!
Sal. ¡Que es una señora!
(Todos a la vez gritando, armando el primer escándalo. A la vez todo el mundo, pero cuidando de decir cada cual lo suyo.)

- Con.** No, no tiene nombre esta grosería. ¡Estúpido! No sabe hablar con una señora. ¡Señora y muy señora! ¡Grosero! ¡grosero! ¡grosero!...
- Sal.** Ya lo sabíamos; esto es intolerable, señor Aceituno, y usted va a encontrarse en un compromiso cuando menos lo espere. Oígalo usted bien! ¡Cuando menos lo espere!
- Zap.** Esto ya es superior a mis ideas. La libertad de pensamiento está basada en la cortesía colectiva.
- P. Mar.** Por los clavos de Cristo, señor, por Dios y Santa María, ¿qué alboroto es este? Esto parece un gallinero. ¡Silencio! ¡Silencio! ¡Silencio!
- Hip.** (Alzando el gallo.) (Voy por un cubo de agua. ¡Por esta!) (Se retira.)
- P. Mar.** Vamos, calma, si este es un Paraíso... Por Dios, don Arturo, también usted dice unas cosas que... ¡vamos! Creo que es algo exagerado decir que Madrid es una fresquera, porque el solecito de aquí se las trae.
- Art.** ¡Qué tiene que ver con el sol de Sevilla!
- Con.** ¡El sol de Sevilla!
- Art.** (Enfadado y exagerando a propósito.) Un día me cogió de frente al presidente de la Audiencia y tuvieron los alguasiles que recogerlo en un cubo.
- Sal.** (Pitorreándose.) ¡Muy gracioso! ¡Muy festivo!
- Art.** (Ídem.) El año pasado hizo un día de calor tan grande que se me derritieron hasta los botones de nácar.
- Sal.** Señores. No puedo resistir estas cosas de los andaluces.
- Art.** Pues había mucho que desir de la patoseria de los madrileños. Pero ¡vamos a ver! (A salustiano.) ¿Cuándo se les ha ocurrido a ustedes una comparación?
- Sal.** ¡Indefinidas veces!
- Art.** Un andalus patoso, aburrío, esaborío, permaso,roso, gelera, malage, dise por ejemplo: «Estoy más triste que un entierro.» ¡Nada! una simpleza, ¡pero termina! A ustedes no se les ocurre na y disen: «Estoy más triste que...» y ahí se quean, de ahí no salen; ni pa los Padres de Grasia se les ocurre na. Y pídoles a Dios que no se les ocurra, porque si

se les ocurre disen invariablemente: Estoy más triste que... ¡me río yo!

Con. (Rebosando ironía.) ¡Satírico!

Art. Porque es que los madrileños tienen unas frasecitas hechas que en todo lo meten. Que se cuenta en la mesa del café un caso raro o una enormidá. Si hay sinco contestan la misma frase, invariable, fija, matemática ¡no falla! Los sinco disen a la ve echándose p'atrás: «¡Hombre, no hay derecho!»

Con. Famosísimo. (Como antes.)

Art. ¿No ha oído usted nunca esa frase?

Con. ¡No, señor!

Art. ¡Qué lástima! Pues aquí en Madrid la disen hasta los curas en lugá der Dominus vobiscum.

P. Mar. Hombre... ¡no hay derecho!

Art. ¿Lo ve usted? Pues y el «¡Qué duda cogel!» y el «¡A ver si va a poder ser!» y el «¡Hay que ver!» y el «¡Ahí va!» Estoy ya del «Me río yo!», del «No hay derecho!», del «Qué duda cogel», del «A ver si va a poder ser!», del «¡Hay que ver!» y del «¡Ahí va!» hasta los mismísimos pelos.

Con. ¡Graciosísimo, graciosísimo, graciosísimo!

(Aparece don Hipólito con un cubo.)

Art. No; si para gracia, Madrid. ¡Madrid! ¿Cuándo va a compararse en gracia Madrid con Sevilla?

Sal. Le advierto a usted, señor Aceituno, que como empiece a ponderar las gracias de Sevilla, le abandonamos todos y se queda usted aquí solito hablando.

Hip. (Aparte.) ¿Ah, sí? (A grandes voces.) ¡Sí, señor! ¡Sevilla! ¡Sevilla! ¡Sevilla!

Art. ¡Olé! ¡Deme usted una mano, vesino!

Hip. Las dos, paisano de mi arma.

Art. ¡Venga de ahí!

Hip. ¡Duro!

Art. (Entusiasmado.) El día que uno de ustedes ponga los pies en Sevilla y oiga pregoná ar tío de las aseitunas aliñas con arcaparrones se enterará de donde prosede el dúo de los besos del *Conde de Luxemburgo*.

Hip. Y no diga usted ná, paisano, no diga usted na a esta gente, del modo de andá de una

sevillana. ¡Qué más quisiera *Machaquito!* Señores: sale una macarena a la calle y el aire de los volantes de su enagua le barre el paso.

Art. ¡Olé! ¡Y la misma falda se siñe sola por instinto!

Hip. ¡Olé! ¡Y un clavé que lleve a la sinturra alargada er tallo, pa llegá a lo bueno!

Art. ¡Olé! ¡Y hasta los flecos der mantón, se van risando de escalofrio!

Hip. ¡Ooooolé!

Art. ¡Don Hipólito de mi corasón!

Hip. ¡Arturito de mis entrañas!

Art. Si esta gente viera la Giralda.

Hip. ¡La Giralda! Sin cuenta mil metros sobre el nivel del mar.

Art. ¡Vesino!

Hip. ¡Paisano! ¡Sobre el nivel del mar *Artico*, que es el más arto der mundo.

Art. ¿Y qué me dise usté de los patios sevillanos?

Hip. ¡Gloria pura!

Art. ¿Y de la catedral?

Hip. ¡Gloria santa!

Art. ¿Y del pescao frito?

Hip. ¡Gloria frita!

Art. ¿Y dónde está el mejor río?

Hip. ¡En Sevilla!

Art. ¿Y dónde está la mejor mansanilla?

Hip. ¡Allí, paisanito!

Art. ¿Y el mejor aguardiente?

Hip. ¡En el botijo de la derecha! (Se van todos menos Rosarito. Pero se van definitivamente, porque desde que salió don Hipólito diciendo: «¡Sevilla, Sevilla, Sevilla!..» están todos haciendo mutis desesperados por las contundentes exageraciones y no poder meter baza. El último que sale es el Padre Martínez, que estaba un poco más tranquilo que todos, pero al oír lo del aguardiente, lo echan. Pequeña pausa. Don Hipólito y Arturito se miran y se echan a reír a la vez a grandes carcajadas. Don Hipólito mira a Arturo, le guiña expresivamente, y le saluda despidiéndose, en voz muy baja.) ¡Buena suerte! (Y se oculta)

ESCENA VI

ROSARIO y ARTURO

- Art.** Y ahora mucha diplomasia: a ve si gano la partía antes de que venga mi *contrario* ¡er gachó de la tirilla!... er tío lila ese, que se planta debajo der faró de la esquina, a desí pamplinas con los deos. (Rosarito se echa sobre la baranda y mira a la calle. Después de breve pausa.) No ha venido todavía. (Lo mira y no le contesta.) Se le ha derretido la tirilla y está naando er armidón der Gato.
- Ros.** (Ya está este más quemao que el humo.)
- Art.** Pero vendrá en cuanto se seque.
- Ros.** (Pues si esperas a que yo te dirija la palabra, estás fresco.)
- Art.** Y vendrá como toas las noches, a pedirle lo mi-mo.
- Ros.** (Raja, raja. Ya te cansarás.)
- Art.** ¿Ah, no me hace caso? Pues hemos terminado.) (Se pone a templar la guitarra. Rosarito poco a poco, vuelve la cara y se encuentran sus ojos con los de Arturo pero este a la vista de ella, se vuelve poco a poco en la silla, y le da la espalda.) (¡Traga paquete!)
- Ros.** ¿Hablaba usted conmigo, joven?
- Art.** Divagaba.
- Ros.** Creí.
- Art.** Mal creí.
- Ros.** Vengo notando que la ha tomao usted con mi novio, ya hace noches.
- Art.** ¿Yo?
- Ros.** Y le advierto, que mi novio, se las trae.
- Art.** Pues por er mismo camino que se las trae, que se las lleve.
- Ros.** ¡Ha terminado el palique!
- Art.** Me alegro muchísimo.
- Ros.** ¡Je! muy decente, muy bien; en camisa y hablando con una señorita.
- Art.** Vuerva la orasión por pasiva. Porque aquí paese que hay también una señorita, hablando con un hombre en camisa.
- Ros.** Pa mí, como si llevara usted abrigo de pieles:

- Art. Igualmente. Y le advierto a usted que yo le tenía ante respeto a las mujeres... pero ahora no. Me atengo a lo que dicen los Santos Padres; y los Santos Padres os tratan a toas, mu malísimamente.
- Ros. Eso es mentira.
- Art. ¿Mentira? ¿Usted ha oído mentá a un tal San Juan Crisóstomo? Pos allá va una carisia del santo «Entre todos los animales feroces, no hay ninguno tan peligroso como la mujer.»
- Ros. Muchas gracias.
- Art. Se las daré de su parte. ¿Pos y San Pablo? ¡Er de la Epístola! Ese no ha dicho na más que esta pequeñé: «La mujer se ha hecho para el hombre, pero el hombre no se ha hecho para la mujer.»
- Ros. Poco caso le hacen ustedes a los Santos.
- Art. Así nos luse er pelo (Esta, pan comío.)
- Ros. (Este cae, o pierdo yo hasta el nombre que llevo.
(Se quedan los dos mirándose. Rosarito sonrío; a Arturo se le resbala la guitarra.)
- Art. ¡Niña!
- Ros. Qué.
- Art. (Después de mirarla y suspirar.) ¿Ha visto usted qué temperatura?
- Ros. Ya, ya.
- Art. ¡Cómo estarán mis paisanos!...
- Ros. ¡Dale! ¿No sabe usted hablar de otra cosa?
- Art. ¡Qué más quisiera usted que sé sevillana! ¿Ve usted esta noche? ¿Verdá que se está aquí bien? Pos no tiene comparasión con las noches de verano de mi tierra. Allí, en medio der silencio, llegaría desde otra asotea vecina er rasgueo de una guitarra y la vó de una macarena, cantando su soleá.
- Ros. Y aquí una madrileña, puede cantarla mejor si cabe.
- Art. ¿A que no?
- Ros. ¿Que no? ¿Está templado ese chisme? ¡Eal pues venga *por to lo arto*, ya que estamos en *to lo arto*.
- Art. Venga de ahí.
- Ros. ¿Qué quiere usted?
- Art. Lo que usted sepa.

- Ros. Pues mire usted. No crees, que por ser cosa corriente no sé más que lo que usted me ha oído: Soleares, malagueñas y marianas. ¿Usted sabe acompañar una saeta?
- Art. (Haciéndosele la boca agua.) ¡Ay, Rosarito! ¿De las de allí?
- Ros. De las mismas.

Música

- (Recitado. Muy quedo.) Figúrese usted que estamos en Sevilla. Una noche de Abril. La noche oscura, la calle solitaria. El viento nos trae los rumores de la música de una procesión y las voces de la gente: ¡Viva la virgen de la Esperanza!... ¡Vivaaa!... Los tambores. (Simulándolos con la guitarra.) «Así?»
- Art. ¡Así! Redoblan con fuerza. Y sube al cielo entre el incienso blanco, como una queja de dolor, ¡la saeta sevillana!
- Ros. (Cantado.)
Míralo por dónde viene
el mejor de los nacidos,
con un madero cargado
y el rostro descolorido.
- Art. (Recitado. Locos de entusiasmo.)
¡Viva la Virgen de la Esperanza!
- Los dos ¡Vivaaa!
- Art. Una levantaita suave y quearse paraos.
¡Valientes! A esta es. ¡Que vamos a entrar por la calle de Plasentines!

-
- Eso es cantar con sentío;
eso es cantar de chipén.
Me han entrao escalofríos,
repara en los vellos;
toitos en pié.
Oye, gitana agarena;
oyeme, morena,
perlita del mar.
- Ros. Calla, andaluz embustero,
retezalamero,
que voy a cantar.
-

Estoy queriendo a un gitano
que él no sabe que yo le quiero.
¡Maresita de mi arma,
poquito a poco me muero!
¡Quién será mi prenda querida?
¿Quién será mi prenda *adorá*?
¿Quién será aquel *gachosito, mare,*
que a mí me mata
con su *mirá*?
¡Ay, que te quiero!
Sin ti, gitano,
sin ti, me muero.

Art. ¡Olé, tu cara gitana,
rosita temprana!
¡Capullo de olor!
Ros. Calla, andaluz embustero,
retezalamero,
y pon atención.

La cárcel de tus suspiros,
tengo yo en mi pechito abierta,
y esperan los carceleros
a un tunante que no llega.
Suspirito, por Dios no tardes.
Sus, irito, ven pronto a mí.
Morenibito del alma mía,
me vuelvo loca.
¡Ay, de sufrí!
¡Ay, que te quiero! (Balla.)
etc., etc.

(Don Hipólito asoma la testa nada más. Cesa la música.)

Hablado

Art. (Entusiasmado.) ¡Bendita sea su cara de usted!
¡Si es usted más sevillana que los Hércules
de la Alamea!
Ros. Pues he nacido en el barrio de la Latina.
Art. Pues no me da la gana de creerlo.
Ros. Oiga usted... (verás qué cambio en la cabe-

za.) Ya hemos cantado bastante. ¿Quiere usted hacerme ahora un favor?

Art. Usted dirá.

Ros. Cuando venga mi novio... no toque usted la guitarra, porque si habla no le oigo.

Art. Precisamente la toco, por no oirlo. ¡Porque cuidao que dise tonterías!

Ros. Es que como llevamos tan poco tiempo se está soltando ahora.

Art. A ese lo amarraba yo por siento y un día.

Ros. ¿Pa qué?

Art. ¡Pa que usted vorviera a fijarse en otro, que está majareta perdió por usted.

Ros. ¿Usted?

Art. Yo, Rosarito, yo que toas las noches me acuesto pensando en su novio de usted y me despierto con la boca llena e lana, de los bocaos que le pego a la armohá.

Ros. Póngase usted en cura, Arturo.

Art. (Saltando a la azotea de ella.) Tómeme usted er purso, Rosarito.

Ros. ¡Vaya, formalidad!

Art. ¡Formalidad!... Misté; si usted me dijera otra vez que sí, y nos casáramos...

Ros. *Mi novio* era capaz de hacerle a usted cachitos así.

Art. Pues en una espuerta, ca pedaso por su lao me lleva usted a la iglesia y digo al cura *sí quiero*.

Ros. Cállese usted.

Art. (Coge unos chinitos y los tira hacia la ventana de don Hipólito, el cual se oculta y reaparece. Arturo sigue el juego.) Sobre que a mí no hay quien me haga cachos; y enterito tó, me tendría usted... por supuesto en Sevilla. ¡En Sevilla! Er primé beso se lo iba a dar a usted ar pie de la Girarda.

Ros. ¿Al pie de la Giralda?

Art. ¡Ar pie de la Girarda! Una noche e luna, una noche clara. ¡En la boca! ¡Bendito beso! ¡pa que su risa de usted lo llevara arriba, arriba, temblando loco, sonando a gloria, hasta er campanario mismo! Y allí entraría; y er viento encontrao que por los barconsillos se mete, jugaría con él, y lo llevaría de aquí para allá, ¡corriendol de barcón a barcón, de

campana a campana, sonando sus metales, ¡sin dejar una! ¡todas, todas a la vé! ¡Y *tin tan, tin tan, tin tan*, a despertá a to er mundo, que repica el amor en la Girarda, y rruève un beso las campanas gitanas de Sevilla!

Ros. ¡Pero qué bonito le ha salío a usted el párrafo! Bueno; figúrese usted que nos casa mos y que salimos para Sevilla y echamos por la calle de Alcalá abajo, los dos solitos. ¿Tendría usted paciencia para guardar el beso hasta que llegáramos a la Catedral de Sevilla, para oír el repique de la Giralda?

Art. ¡Ay, Rosarito, cálese usted! Me paese que iba a habé repique en las Calatravas... y en San José... y en toas las iglesias der tránsito, y en la estación... En la estación, se iba a gorvé loco er moso, dando salía ar tren.

Ros. ¿Y cambia usted todos esos repiques por el de la Giralda?

Art. Eso no. ¡En la vía! ¿Cómo ví a cambiá yo un repique de mi torre que suena a casca-beles, y a panderetas, y a risas de niñas bonitas, y a música de guitarras y a repique-teo de palillos, con estos toques de aquí, que suenan a perro con latón en er rabo?

Ros. Ea; pues váyase ya a Sevilla. ¿Para qué está usted en Madrid?

Art. Le diré a usted. Es que en Sevilla me pasaba una cosa mu particulá: Salía a buscá una peseta, y olé a rosas, y a claveles y a azahares, si que olía, pero de los cuatro reales ni el oló.

Ros. ¿Y no piensa usted volver?

Art. ¡Sin ti, no! Ea, Rosarito... ¡chiquilla! ¿Sí? ¿Verdá que sí?

Ros. Pero oye, oye... ¡que va a venir el otro!

Art. ¡Que venga! pero que se contente con oír el rasgueo de mi guitarra andalusa y las coplas de tu arma madrileña.

(Se oye como si de la calle vintera un silbido prolongado. Se oculta la luna.)

Ros. ¿No lo dije? ya está allí.

Art. ¿Será feo, que hasta la luna se las ha guillao por no verlo?

Ros. ¡Dios míol! ¿Qué hago?

- Art.** Haz lo que yo.
(Cogen de una maceta unos cuantos terrones. Sigilosos y con precaución aparecen todos los personajes que se han ido, en la azotea, formando un grupo. Rosarito y Arturo arrojan los terrones que han cogido a la calle.)
- Art.** ¡Agua va!
Una voz (Desde la calle.) ¡Hay que ver! ¡Ahí va! ¡A ver si va a poder ser! ¡Quién ha sido? ¡Que salga, que le masco la nuez! ¡Qué duda coge! Hombre, no hay derecho!
- Art.** ¡Rosarillo, salte *por peteneras!* ¡Que rabiese! ¡Que se muera de envidial!
(Aparece la luna y don Hipólito. Los vecinos escuchan ensimismados.)
- Ros.** (Cantado.)
Fuiste mi primer amor,
me has enseñado a querer,
no me enseñes a olvidar
que no lo quiero aprender.
- Hip.** (Loco) ¡Señores! ¡Fenisio! ¡Fenisio puro! ¡Olé!
(Cae el telón lentamente y antes de que termine la copla.)

FIN DEL SAINETE

Obras de Pedro Muñoz Seca

Las guerreras, juguete cómico-lírico. Música del maestro Manuel del Castillo.

El contrabando, sainete. (Novena edición.)

De balcón á balcón, entremés en prosa. (Segunda edición.)

Manolo el afilador, sainete en tres cuadros. Música de los maestros Barrera y Gay.

El contrabando, sainete lírico. Música de los maestros José Serrano y José Fernández Pacheco. (Quinta edición.)

La casa de la juerga, sainete lírico en tres cuadros. Música de los maestros Quinto Valverde y Juan Gay.

El triunfo de Venus, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música del maestro Ruperto Chapí.

Una lectura, entremés en prosa.

Celos, entremés en prosa. (Segunda edición.)

Las tres cosas de Jerez, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Amadeo Vives.

El lagar, zarzuela en tres cuadros. Música de los maestros Guervós y Carbonell.

A prima fija, entremés en prosa.

El niño de San Antonio, sainete lírico en tres cuadros. Música del maestro Gay.

Floriana, juguete cómico en cuatro actos, adaptado del francés.

Los apuros de Don Cleto, juguete cómico en un acto.

Mentir á tiempo, entremés en prosa.

El naranjal, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.

- Don Pedro el Cruel*, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.
- El fotógrafo*, juguete cómico en un acto.
- El jilguerillo de los Parrales*, sainete en un acto.
- La neurastenia de Satanás*, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música de los maestros Saco del Valle y Foglietti.
- Mari-Nieves*, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Saco del Valle.
- Tentaruja y Compañía*, pasillo con música del maestro Roberto Ortells.
- ¡Por peteneras!*, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja.
- La canción húngara*, opereta en cinco cuadros. Música del maestro Pablo Luna.
- La mujer romántica*, opereta en tres actos, adaptación española.
- El medio ambiente*, comedia en dos actos.
- Coba fina*, sainete en un acto. (Segunda edición.)
- Las cosas de la vida*, juguete cómico en dos actos.
- La nicotina*, sainete en prosa.
- Trampa y cartón*, juguete cómico en dos actos.
- La cucuñá de Solarillo*, zarzuela en un acto. Música del maestro Pablo Luna.
- El modelo de virtudes*, comedia en dos actos.
- López de Coria*, juguete cómico en dos actos.
- El bien público*, sátira en dos actos.
- El milagro del santo*, entremés en prosa.
- El incendio de Roma*, juguete cómico con música del maestro Barrera.
- El Pajarito*, comedia en dos actos.
- El puño de lágrimas*, juguete cómico en tres actos.
- Fúcar, XXI*, disparate cómico en dos actos.
- Pastor y Borrego*, juguete cómico en dos actos.
- La niña de las planchas*, entremés lírico.

Obras de Pedro Pérez Fernández

- Al balcón*, juguete cómico.
Zola, diálogo.
Tal para cual, juguete cómico.
La primera lección, monólogo.
Las Marimañas, sainete en dos cuadros, con música de los maestros Fuentes y Foglietti.
Los Florete, juguete cómico.
El sino perro, entremés.
El D. Cecilio de hoy, revista sevillana.
Boceto al óleo, juguete cómico.
Flores cordiales, inocentada con música de los maestros López del Toro y Fuentes.
La victoria del cake, humorada satírica con música de López del Toro y Fuentes.
La penetración pacífica, humorada satírica con música de López del Toro y Fuentes.
A la lunita clara, entremés.
A la vera der queré, sainete en dos cuadros, con música del maestro Alvarez del Castillo.
El gordo en Sevilla, sainete.
Para pescar un novio... paso de comedia.
El alma del querer, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Vives y Barrera.
La fuerza de un querer, comedia en un acto.
¡Por peteneras!, sainete en un solo cuadro, con música del maestro Calleja.
La casta Susana, opereta en tres actos, adaptación y refundición español

- La canción húngara*, opereta en un acto. Música del maestro Luna.
- La mujer romántica*, opereta en tres actos, adaptación española.
- El medio ambiente*, comedia en dos actos.
- Coba fina*, sainete en un acto.
- Me dijiste que era fea...* comedia-sainete en tres actos (uno, prólogo.)
- Las cosas de la vida*, juguete cómico en dos actos.
- La nicotina*, sainete en prosa.
- Trampa y cartón*, juguete cómico en dos actos.
- López de Coria*, juguete cómico en dos actos.
- El milagro del santo*, entremés en prosa.
- El incendio de Roma*, juguete cómico con música del maestro Barrera.
- El paño de lágrimas*, juguete cómico en tres actos.
- Fúcar XXI*, disparate cómico en dos actos.
-

Del alma de Sevilla. (Primera colección de novelas cortas y cuentos andaluces.) Prólogo de Rodríguez Marín, de la Real Academia. Epílogo de Serafín y Joaquín Álvarez Quintero.—(Edición Garnier, hermanos, París; un tomo 8.º rústica, 3 ptas.)

Precio: UNA peseta